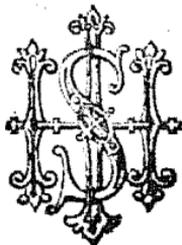


UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA

F-A-M
A-7

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL

DOS POESÍAS



MURCIA
IMP. DE «EL DIARIO»

1897

DOS POESÍAS

R. 20.824

DOS POESÍAS

DE

RICARDO SANCHEZ MADRIGAL



MURCIA

IMP. DE «EL DIARIO»
SOCIEDAD, 10.



DEDICATORIA

A los alumnos del Círculo Católico



**Muy Ilustre Sr. Provisor y Vicario
general de esta Diócesis.**

Don Mariano Palarea, vecino de esta capital y Presidente del Círculo Católico de Obreros de la misma, á V. S., con el debido respeto, expone: Que por la Junta Directiva de dicha Sociedad, se ha acordado hacer una edicion especial de las composiciones poéticas tituladas «El Cristo de San Miguel» y «El Angel de la Oracion», originales del laureado poeta D. Ricardo Sanchez Madrigal, vocal de dicha Junta, con objeto de que, reunidas en un opúsculo, se repartan como premio entre los alumnos de las clases del Círculo, en la solemne fiesta escolar con que ha de terminar el presente curso; por lo cual, y deseando

atemperarse completamente en este asunto á las prescripciones vigentes y muy en particular á los acuerdos adoptados en el Congreso Católico Nacional de Zaragoza,

A V. S. suplica se sirva conceder la oportuna licencia para la impresion y publicacion de dicho opúsculo, previo examen de las citadas composiciones hecho por V. S. ó por la persona que al efecto designe.

Gracia que no dudo obtener de la bondad de V. S. cuya vida guarde Dios N. S. muchos años.

Murcia 5 de Junio de 1897.

MARIANO PALAREA.

Muy Ilre. Señor:

Cumpliendo el honroso encargo de V. S., he examinado las dos composiciones poéticas «El Cristo de San Miguel» y «El Angel de la Oracion», del ilustre poeta D. Ricardo Sanchez Madrigal, y no solo no encuentro nada censurable, sino al contrario: teje el autor hermosas coronas que, antes que sus sienés, orlan el espíritu católico, que inspira pensamientos tan sublimes y hace sentir el arte como divino: en estas composiciones hay bastante de aquello que decian los antiguos: «un pedazo de cielo caido sobre la tierra»: dígolo porque abundan en ellas ideas completas é imágenes apenas esbozadas, que solo pueden proceder de la fê católica, don venido de los cielos á los corazones en la tierra; por otra parte, la forma hermosisima con que están escritas contribuye á que nuestro espíritu se recree en tales bellezas dignas de las almas que

saben sentir delicada y apaciblemente y que no confunden nunca el purísimo sentimiento del arte con la manifestación transitoria de la pasión exaltada.

Tal es, Muy Ilustre Señor, mi humilde juicio, que someto al superior de V. S.

Murcia 8 de Junio de 1897.

B. L. M. de V. S.
JOSÉ MARIA MOLINA.

Visto el precedente favorabilísimo informe del censor nombrado por Nos, Dr. Don José María Molina y Molina, con toda complacencia concedemos nuestra licencia para que puedan imprimirse y publicarse las composiciones poéticas «El Cristo de San Miguel» y «El Ángel de la Oración», del Sr. D. Ricardo Sanchez Madrigal.

Murcia 8 de Junio de 1897.

El Provisor y Vicario general,
LCDO. GABRIEL MALLO.

EL CRISTO DE SAN MIGUEL

A MIS QUERIDOS AMIGOS

Don José Martínez Tornel y Don Luis
Fernandez Hermosa

Vecina á un templo caído
por su torre mal segura,
y en una revuelta obscura
de un torcido callejón,
hay de Murcia en un extremo
una modesta capilla
que el pueblo en su fé sencilla
sostiene con devoción.

A Cristo allí se venera;
y es lugar tan solitario,
que hay quien juzga temerario
pasar de noche por él;
y quien, historias añejas
oyendo, tal vez se asombra,
si en la narracion se nombra
el Cristo de San Miguel.

Cuando de noche, á deshora,
se entra en la obscura calleja,
se ve á través de una reja
la claridad de una luz
que, de sus trémulos rayos
en la movible penumbra,
encubre á espacios y alumbra
al Redentor en la cruz.

Luz incierta, luz que oscila
tras de los hierros medrosa,
y en la noche tenebrosa
vago horror al sitio da,
cuando triste agonizando
en el silencio profundo,
de alguno que dejó el mundo
el sueño velando está.

Luz que acaso en tal instante
viagero errante y perdido
contempló despavorido
y al pasar se santiguó;
y al dar la vuelta á la calle,
huyendo con paso incierto,
una oración por el muerto
entre dientes murmuró.

Luz tranquila para el alma
que, de consuelo anhelante,
brillar inquieta y distante
en la obscuridad la ve,
como en el mar de la vida,
brindándole paz y ayuda,
tras la niebla de la duda
brilla la luz de la fé.

¡Cuántas veces atraído
por su misterioso encanto,
venciendo secreto espanto
y con cristiana emoción
llegué á postrarme de hinojos
ante la cruz solitaria,
y allí exhaló una plegaria
mi contrito corazón!

¡Cuántas veces sus reflejos
fueron bálsamo de calma
en las tormentas del alma
por rencor ó vanidad,
al mostrar la imagen santa
del que á nuestro impuro suelo
bajó á enseñar desde el cielo
el perdón y la humildad!

No de calado retablo
en las góticas molduras,
ni en doradas esculturas
brilla su rayo al caer,
ni hay mármoles en el suelo
bajo pesadas alfombras,
ni allí, entre las altas sombras,
se va la ojiva á perder.

No suena allí la armonía
de los místicos cantores,
ni al aire en blancos vapores
se ve el incienso subir,
ni el sordo rumor del rezo
se escucha del pueblo á coro,
ni en candelabros de oro
se ven blandones lucir.

Solo hay en el breve espacio,
sin vano adorno prolijo,
un altar y un crucifijo
bajo un humilde dosel,
y aquella luz temblorosa
de vidrio en el frágil vaso
con tibio fulgor escaso
ardiendo delante de él.

Tan sólo turba el silencio
débil y ahogado el sonido
del pobre don ofrecido
con religioso fervor,
ó el tenaz chisporroteo
de la luz casi extinguida,
que es del término á su vida
como angustioso estertor.

Tal vez de un reloj distante
la hora que da la campana
que se oye triste y lejana
de la distancia á través,
ó cautelosas pisadas
del que á rezar ha llegado,
y el paso precipitado
con que se marcha después.

¡Pobre asilo del Dios-Hombre!
más subline en su pobreza
que del templo la grandeza
cuando de luz se inundó,
porque aquí el alma recuerda
con más tierna confianza
la cariñosa enseñanza
que de sus labios brotó.

Ante el pomposo atavío,
entre el torrente sonoro
que lanzan órgano y coro
en la altiva catedral,
se siente á Dios en la altura
de su solio, omnipotente,
ceñida la augusta frente
de pura luz eternal.

Aquí, entre sencillos muros,
se mira al Dios del Calvario,
del Gólgota funerario
á la alta cima subir;
y apenas su hondo quebranto,
viendo á sus sienes divinas
una corona de espinas
ingrato el hombre ceñir.

Aquí, á la llama espirante,
se le ve alzado en la cumbre,
del sol á la muerta lumbré
que obscureciéndose va;
y todo el terror se siente
de aquella tarde sombría
que fué la aurora de un día
que ocaso ya no tendrá.

Y si es la noche lluviosa,
y pasa el viento zumbando,
con rudo soplo azotando
la luz próxima á espirar,
y el lívido lampo alumbrá
la faz del Cristo doliente,
y brama el trueno imponente
que hace los muros temblar;

se hunde la frente en el polvo
por la culpa mancillada;
y, de su vida espantada,
presiente el alma ruín
que sonó la hora tremenda
de horror y duelo sin nombre
en que han de tener del hombre
las iniquidades fin.

Y acude el rezo tardío,
y ante aquella cruz de hinojos
vierten del hombre los ojos
llanto de amargo dolor;
que á Dios recuerda espirante
cuando el tenebroso cielo
lloró con inmenso duelo
la muerte del Redentor.

Y de tan horrendo crimen
piensa que le exige cuenta
en la voz de la tormenta
la voz del terrible juez,
y tiembla al eterno fallo
de la suprema sentencia,
porque su impura conciencia
ve en toda su desnudez.

Mas cuando—el trueno acallado—
alza los ojos inciertos
á aquellos brazos abiertos
cual puerto de salvacion,
y las postreras palabras
recuerda de aquellos labios,
del hombre á tantos agravios
pidiendo al Padre perdón;

Se calma el pecho angustiado,
y un iris ve de bonanza;
que está en la Cruz su esperanza
y su fe del porvenir;
y al par que el llanto consuela,
late el corazón gozoso
porque se siente brioso
con nueva vida vivir.

Por eso yo en la alta noche,
cuando callada y medrosa
y envuelta en sombras reposa
la ya dormida ciudad,
cruzo sus calles desiertas
y voy con mi fe sencilla
de aquella humilde capilla
buscando la soledad.

Y de su luz atraído
por el misterioso encanto,
venciendo secreto espanto
y con cristiana emoción,
llego á postrarme de hinojos
ante la cruz solitaria,
y exhala allí una plegaria
mi contrito corazón.



Porque esa luz que, oscilando,
brilla en tan solemne calma,
alumbra á Dios, donde el alma
su dulce esperanza ve;
porque es del faro seguro
que sigo la luz querida,
porque es la luz de mi vida,
porque es la luz de mi fé.

EL ANGEL DE LA ORACION DEL HUERTO



A mi querido amigo D. José Elgueta



En la falda del Gólgota eminente,
y en la nocturna obscuridad sumida,
con la fiebre del crimen que presiente,
inquieta duerme la ciudad deícida.

Toca á su fin el sacrosanto drama
en que el amor divino nos redime,
y ya Jesús en su ferviente llama
se abrasa el pecho, y, abrasado, gime.

Gethsemaní, de la sublime escena
es silencioso y único testigo.
¡Noche de amor y de misterios llena:
hijo fiel de la Cruz, yo te bendigo!

No bastó de mis ojos á borrarle
de veinte siglos la espesada sombra;
al fondo de esos siglos bajó el Arte,
y en él revives con verdad que asombra.

¡Gloria al artista! Ved. Bajo un olivo
que seco y duro pedregal sombrea,
el cuadro surge palpitante y vivo
que en tristes horas afrentó á Judea.

Duerme Pedro con sueño receloso,
grave la faz y contraído el ceño;
duerme Santiago con mayor reposo,
y es de dulce candor de Juan el sueño.

Sólo vela el Señor. Suspensa y muda
póstrase y calla la Creación entera;
que habla así de Jesús la pena ruda,
y le oye el Padre desde la alta esfera:

«Pase de mí este cáliz, Padre mío,
«cuyo ingrato sabor no tiene nombre;
«pues lo ha colmado, en su delirio impío,
«de amarga hiel la ingratitud del hombre.

«Pero si es mi martirio necesario,
«si el temor de morir mi labio mueve,
«yo resignado subiré al Calvario
«mañana entre los gritos de la plebe.»

Y en su flaqueza corporal le aterra
su fin cercano y la maldad humana;
los vé, los pesa, y desplomado en tierra
¡sudor de sangre de su cuerpo mana!

¿Y solo se ha de hallar en duelo tanto?
¿No habrá algún lenitivo á su amargura?
¿Es que á tanto clamor de tal quebranto
tenaz silencio guardará la altura?

No, que rasgando de la azul cortina,
que oculta á Dios, el pabellon inmenso,
desciende á un Angel de beldad divina,
huella dejando de fragante incienso.

¡Con qué noble ademán del bello brazo
muestra el cáliz que cerca se aparece!

¡Con qué solicitud en su regazo
sostiene al Redentor que desfallece!

¡Ah! mirad cuán airoso se presenta,
desceñido el cerdal; la gallardía
con que en su bella desnudez ostenta
de eterna juventud la lozanía.

Sus formas de suavísima elegancia
tan indecisas son, tan ideales,
que tienen del mancebo la arrogancia
y las castas turgencias virginales.

No con las rosas místicas del cielo
su cuerpo alabastrino se colora:
sobre él tendió el dolor pálido velo;
pero es su palidez la de la aurora.

Rubia guedeja coronar se mira
la serena extensión de su ancha frente,
y su pecho parece que aún aspira
de la etérea región el libre ambiente.

Sus ojos... ¡Ah! ¿Quién sonda su mirada
que allá en la azul inmensidad se anega?
En ella la tristeza reflejada
se pinta con que Dios su amparo niega.

Y con las alas recamadas de oro
cubre á Jesús como al hijuelo el ave,
en las que de color dejó un tesoro
el Iris preso en su plumón suave.

¡Celeste aparición encantadora!
¿Quién en tu vaguedad no se extasia
admirando la fuerza creadora
de la más exallada fantasía?

Puede el hombre en los senos de su mente
imaginar al macerado asceta,
al apóstol, al mártir sonriente;
porque el humano sér los interpreta.

¡Hasta á María, cuyos ojos hieren
los tormentos del Hijo en quien adoran:
hay tantos hijos que inocentes mueren
y tantas madres que á sus hijos lloran!

Mas tener tal visión, acariciarla
dentro del alma con ardor fecundo,
darle forma y color, y al fin mostrarla
llena de vida al asombrado mundo,

Es la linde salvar del pensamiento,
ver del Empíreo el refulgente brillo,
llamarse entre los hombres un portento.
es sentirse escultor y ser Salzillo.

Y no tan solo la atracción del Arte
de que eres á la par modelo y palma:
impúlsanme también para cantarte
recónditos misterios de mi alma.

No lo son para tí. Desde que niño
te presté adoración en mi memoria,
que perfumada está con tu cariño
del corazón la accidentada historia.

¡Cuántas noches, sufriendo los terrores
con que el miedo infantil nos acobarda,
junto á mí te miraba entre esplendores,
si al Ángel invocaba de mi Guarda!

Lejos, luego, del valle delicioso
que hoy te cubre de flores y laureles,
alentaste mi paso tembloroso
al trasponer del mundo los dinteles.

Presintiendo el amor, sus bellas flores
quise brotasen á tu influjo amigo,
dando al ángel ideal de mis amores
bajo tus alas protector abrigo.

Creí, sufrí, lloré; y en esas horas
en que, por negras dudas combatida,
mira el alma doquier sombras traidoras
y amaga acaso maldecir la vida;

En medio de mi loco desconcierto,
cariñoso á mi lado te he sentido,
he recordado la Oración del Huerto,
y, como allí á Jesús, me has sostenido;

Que el ángel eres tú que al alma esclava
el límite señala con firmeza
donde la muerte del vivir acaba,
donde la vida del morir empieza.

Emanación del cielo peregrina,
cuanto emana de tí nos fortalece:
abismo á que te asomas, se ilumina;
conciencia en que penetras, se engrandece.

Tú inspiraste á Salzillo, tú le diste
valor y fuerzas en el trance duro
de abandonar nuestra morada triste
para volar al inmortal seguro.

Tú, con rápido vuelo, á las alturas
elevaste su espíritu cristiano,
do animadas verá las esculturas
que aquí labrara su fecunda mano.

Y tú inspiraste á Murcia este homenaje
á que entusiasta y sin valer acudo;
pues en mi pequeñez tan sólo traje
la humilde ofrenda de mi canto rudo.

¡Salzillo: duerme en paz! Pronto tu nombre,
por la ancha redondez que el sol alumbra,
tan alto sonará, que al mundo asombre
donde el aplauso universal lo encumbra.

Y siempre fresco tu laurel sus galas
guardará enalteciendo tu memoria,
mientras con tanto honor bajo sus alas
cobije ¡*El Angel!* tu blasón de gloria.

APÉNDICE



El digno Presidente del Círculo Católico y entrañable amigo mío, D. Mariano Palarea, ha querido honrarme publicando con cariñoso elogio, y á un fin para mí muy lisonjero, mis dos composiciones que preceden; y cúpleme significarle aquí por ello mi profundo reconocimiento.

Sinceramente declaro que no me envanece la inmerecida distinción, ni tampoco el aplauso que, como un eco de simpatía, ha respondido siempre á la lectura de estos versos en el corazón sano é ingénuo de los alumnos del Círculo, á quienes tanto aprecio; pero mentiría si dijera que tales manifestaciones no me satisfacen. Grato es siempre recibir inequívocas pruebas de tan fina y buena admistad. Compláceme, por otra parte, creer que en algo habrán contribuido *El Cristo de San Miguel* y *El*

Angel de la Oración á enfervorizar en aquellas almas sencillas el sentimiento religioso y la admiración hácia nuestro insigne escultor Salzillo; y siendo esto así, permitido le será á mi paternidad literaria sentirse halagada ante esas dos hijas de mi pobre y honrada musa, que supieron abrirse el camino de los corazones, más que por su belleza, por su honradez y sus virtudes.

Séame licito también evocar aquí recuerdos del tiempo, ya viejo, en que vinieron al mundo de las letras; con lo que, á vueltas de ciertos pormenores de interés puramente literario, se aclarará el sentido de algunos pasajes alusivos á circunstancias locales y de actualidad, cambiadas ó desaparecidas con el transcurso de los años.

La capilla del *Cristo* es un anejo de la parroquia de San Miguel, y está situada en la calle de este nombre, y frontera de la puerta Sur de la iglesia, á la que sirvió mucho tiempo de *casa de ánimas* ó depósito de cadáveres.

A la fecha de mi poesía (Noviembre de 1876), era una ruina gran parte del templo, ocasionada por el hundimiento de la torre, acaecido en la madrugada del 22 de Abril de 1864, no habiéndose emprendido las obras de reparación, que duraron dos años, hasta el siguiente de 1877, merced á

la constancia del párroco D. José Martínez Ortega, y á la valiosa proteccion que halló en el ilustre murciano D. Lope Gisbert y en los feligreses más notables de la parroquia.

Había por entonces en esta ciudad una Reunion Literaria, casa del Sr. D. Pedro Pagán, y una agrupacion (vulgo *patulea*) de nocturnos, que después de congregarse en el Café Oriental allá á las once de la noche, se lanzaba á la calle, mejor dicho, á las calles, recorriendo la ciudad y algunos extramuros.

En la reunión literaria del Sr. Pagán, que presidía su esposa, aquella incomparable y discretísima dama que se llamó Leonor Guerra de Pagán, se avivaron las aficiones literarias de los que en estos últimos tiempos han cultivado en Murcia las letras con más general aplauso; y en la agrupacion ó patulea de «Los Nocturnos», entre los cuales había muchos de la Reunión, se refundieron todos los trasnochadores románticos. Todos teníamos veinte años menos; y estábamos unidos por una amistad franca y noble y por el cariño á Murcia, que vista, así de noche, en el misterio de las sombras, en la placidez del silencio, nos parecía más hermosa y más digna de ser amada.

Con lo dicho, queda indicado que no íbamos pocos, ni *solos* y que, para mayor seguridad, casi siempre era de la partida

mestro amigo, el jefe de orden público, D. Luis Fernandez Hermosa, (q. e. p. d.), que apesar de doblarnos la edad, gustaba mucho de nuestra alegre compañía, y de llevarnos bajo la salvaguardia de su baston de borlas.

No quedó rincón ni recoveco de Murcia que escapase á la escudriñadora mirada de aquella róna artística y fisgona, que llegó á aprendérsela de memoria. Nosotros sabíamos cuanto era de ella digno de observarse de media noche arriba, como, por ejemplo, á qué hora tocaban y se levantaban á matines las monjas Capuchinas, y cómo sonaban—¡ay!—en sus santos cuerpos y en nuestros corazones los nudosos cordeles de las disciplinas; qué sitios debían contemplarse á la misteriosa luz de la luna, ó á la más misteriosa y ténue de un retablo callejero en negra noche de invierno; cuándo trascendía á la calle el aroma de un árbol del paraiso, ó el azahar de unos naranjos, por sobre las tópias del huerto de antiguo caserón solariego; y entre otras mil y mil cosas impropias de narrarse aquí ni en parte alguna, aprendimos también, ya que no sólo de imaginaciones vive el artista, en qué horno sabían mejor preparar las sabrosas tortas de manteca que reparaban nuestros estómagos desfallecidos por la larga vigilia y el prolongado paseo. Uno de nuestros sitios predilectos era el

Cristo de San Miguel. Rara la noche de ronda que no lo visitáramos; y desde que una vez encontramos á obscuras la capilla, y Tornel escribió con la llave de su casa una protesta contra *aquel abuso* en el encendido de la pared, procuramos siempre ayudar con nuestro óbolo á que no faltase aceite á la lámpara. No importaba que tuviese poco; pues entonces era de ver el efecto del chisporroteo de la llama, y del oscilar de las sombras; pero ¡cuidado con que el monago ó sacristan se olvidase de encenderla!

Cierta noche de aquellas de poco aceite, en que las circunstancias exteriores de obscuridad y de viento, contribuían á dar al sitio aquel un aspecto teatral y fantástico, que como nunca nos habia impresionado, Luis Toboso, que era como cariñosamente nombráramos á Fernandez Hermosa, plantóse decidido frente al grupo, y entre afectuoso y enérgico nos dijo:—¿No parece mentira que vengais aquí una y otra noche tantos literatos, y que á ninguno se le haya ocurrido escribir cuatro versos á esa capilla?—Callamos todos y bajamos la cabeza, como asintiendo con nuestro silencio á la justicia de la interpelación. Acaso todos habíamos pensado escribir algo, ó lo pensábamos en aquel momento; pero ¿quién se atrevía á decir *yo*, afrontando el riesgo de un fracaso? Por fin Tornel, más resuel-

to, rompió el silencio diciendo:—El amigo D. Luis tiene razon que le sobra; y si V., Ricardo, no nos lee el viernes próximo una poesía al Cristo en casa de Pagán, tendré yo que dedicarle un romance.—

Acepté yo el compromiso, contento en mi interior de acometer la empresa, sin que arguyese arrogancia de mi parte; y aquella misma noche escribí las primeras octavillas, metro que elegí para que la forma fuera tan *zorrillesca* como el fondo de la composición. No me detuve á planearla; de tal modo me agobiaba la idea de que el viernes estaba encima, pues empezaba la semana, y creía que iba á faltarme tiempo; ni aquello, por otra parte, admitía, á mi juicio, más plan que una descripción pintoresca del sitio, y traducir en verso las impresiones del observador segun el estado de su ánimo, y las circunstancias y el momento de la observacion.

Cuando se ha sentido hondamente un asunto, corre fácil la pluma; y en tres ó cuatro ratos más que dediqué á mi tarea, la dí por concluida, no sabiendo hasta entonces las dimensiones que iba á alcanzar mi trabajo.

Antes de poner en limpio el borrador, única cosa que cabía hacer, porque para la lima no había espacio, quise ver si recogía alguna impresión nueva, contemplando á solas la capilla, como la había

contemplado en mi imaginación, y
..... en la alta noche,
cuando callada y medrosa
y envuelta en sombras reposa
la ya dormida ciudad,
crucé sus calles desiertas,
y fui, con mi fé sencilla,
de aquella humilde capilla
buscando la soledad.

Recuerdo que entré en la *obscura calle-
ja* por la calle de Santa Teresa; me asomé
conmovido á la reja; le recé un Credo al
Señor (nunca he creído verlo personal-
mente tan cerca de mí); eché una moneda
en el cepillo y me detuve unos momentos
saboreando la extraña impresión que expe-
rimentaba, tan extraña como si viera aque-
llo por la primera vez; el reloj de la Cate-
dral dió pausadamente las dos; creí que no
debía exponerme por más tiempo á un mal
encuentro, y me marché precipitadamente
por la calle de la Acequia. ¡Ah! Razón
tenía yo para querer ir allí solo, á semejan-
te hora. ¿Qué valía todo lo que había
sentido en compañía de mis amigos, ó
imaginado sentir en la soledad de mi ga-
binete, comparado con aquella emoción su-
blime, única en mi vida, ante el mismo Je-
sús, que oía de mi boca, con sus oídos hu-
manos, las palabras sin voz del símbolo de
la fé, mientras yo lo miraba extasiado, ab-
sorto, sintiendo correr por todo mi cuerpo

el sagrado escalofrío producido por su divina presencia?

De vuelta en mi casa, comprendí que había otra composición mejor por hacer; pero ya no era tiempo, ni lo fué después, porque *non bis in idem*.

Algo mejoró lo escrito con mi visita: la estrofa del *viagero errante y perdido*, que se topa inopinadamente con la capilla; el

..... *debil y ahogado sonido*
del pobre don ofrecido
con religioso fervor;

las

..... *cautelosas pisadas*
del que á rezar ha llegado,
y el *paso precipitado*
con que se marcha después;

y algún que otro toque que no recuerdo, fueron resultado de la observación de aquella noche.

Al día siguiente cumplía yo mi palabra en casa de Pagán; y al ver que no era desairado mi trabajo, tuve el gusto de dedicárselo á mi buen amigo Tornel, como causa ocasional de mi modesto triunfo, como ya lo había sido de que yo tomase en serio la literatura, á cuyo empeño, que nunca le agradeceré bastante, achaco hoy el que tuvo en comprometerme á escribir esta poesía.

Muy justo hubiera sido que compartiese la dedicatoria el amigo Luis. Bien sabe Dios

que he deplorado muchas veces mi falta. Sirvame de disculpa el aturdimiento de la edad, y sírvale á él de póstumo desagravio el gusto con que hoy, al reimprimirse por primera vez mi obra, he reparado aquella omisión, y el cariñoso recuerdo que consagro desde aquí á su buena memoria.

El Angel de la Oración del Huerto no tiene tanta historia literaria. Obra de compromiso ó de encargo para la velada del Casino, con motivo de las fiestas del Centenario de Salzillo, fué escrita en los tres ó cuatro días anteriores á aquella solemnidad literaria y artística, lo propio que me aconteció siempre con mis composiciones de más empeño. Y conste que no lo aduzco como un mérito, pues es debido á la nativa dejadez de mi carácter, y á desconfianza de mis fuerzas. Cuando quiero producir sin el estímulo de un plazo fatal y perentorio, todo me resulta frío, y nada me satisface. Necesario es el apremio del tiempo para que me acuda, con la tensión nerviosa, la inspiración que persigó; la encuentro por fin; y bueno ó malo, tengo que aceptar lo que ella me dicta. ¡Dichosos tiempos en que esto ocurría, porque después, y sobre todo ahora... desengaños y penas de la vida dieron al traste con todos mis entusiasmos, incluso el poético, y apenas, ya, si la gratitud es bastante á mover mi olvidada

pluma, para componer, con más trabajo que entonces los versos, esta desaliñada prosa.

Diré, para terminar, que en uno de aquellos días del Centenario fui objeto por parte de D. José Elgueta de una marcada preferencia en sociedad; y yo que me precio de buen pagador, correspondí á su fineza dedicándole mis versos del *Angel*.

A la amistad de un Elgueta con el padre de Salzillo, debe Murcia haber mecido la cuna del gran escultor, con cuya gloria se enorgullece; y es coincidencia feliz, y curiosa de notarse, que, andando los tiempos, haya juntado la casualidad en una obra literaria, los nombres de un descendiente del aludido personaje, y del osado poeta, cantor de la más portentosa obra de aquel génio de la escultura.

R. SANCHEZ MADRIGAL.